

Servir a dos señores

Antonio Calvo

Presidente del Instituto E. Mounier

1. Costumbre

Los hábitos son imprescindibles. Sería tal el esfuerzo exigido si no existieran que nos romperíamos sin remedio.

Sin embargo, el hábito, que nos hace posible la vida, puede convertirse en alas de plomo si no está en permanente diálogo con nuestra libertad amorosa.

Hoy es costumbre en **izquierdas** y en **iglesias** la renuncia a la utopía, el hábito del posibilismo. Es ésta una de esas dimisiones que, por venir envueltas en una media verdad, se admiten con resignación al principio, y se defienden enconadamente después, cuando la podredumbre se ha hecho fuerte y ha transformado las entrañas de misericordia que pudiera haber en justificaciones del abandono. La costumbre de «*hacer lo posible*» sin utopía se degrada así en aprendizaje y práctica de la impotencia, una forma de sumisión ante el poder que, recorriendo el camino que va del abandono al autoengaño, nos va haciendo olvidar que la vida personal exige una permanente conversión y que la conversión es un acto renovado incesantemente de libertad amorosa, creyente, esperante y buscadora de la verdad.

Es cierto que cada uno de nosotros es una perspectiva única sobre la realidad. Pero hay verdades que impiden el relativismo.

Una de esas verdades, escandalosa e ineludible es que la «buena vida» de unos pocos se está construyendo, sin piedad y planificada, sobre la miseria y la muerte de los muchos.

Tan bien urdida está la trama que colaboramos en el homicidio sin sentirlo. Es difícil notar el propio olor. Lo más necesario para la supervivencia funciona en silencio, sin nuestra decisión. Apenas nos acordamos del corazón y de su enorme esfuerzo, del vertiginoso dinamismo neuronal, sólo cuando nos fallan. Algo parecido nos ocurre en la vida cotidiana. El homicidio es una costumbre tan nuestra que no merece atención. Sólo le concedemos un pequeño espacio como espectáculo. Esta cultura nos ha convencido de tal manera de nuestra impotencia para transformarla que ya no duele la dimisión personal que supone no intentarlo.

2. Egoísmo, ignorancia, pereza, delegación

Lo podrido es el sistema capitalista en su raíz, ese mundo de la faci-

lidad y de la mediocridad del dinero, criadero y paraíso de hombres que se incapacitan para amar. En el actual modo neoliberal aparece sin disfraces su orientación (des)humanizadora, ¿para qué esconderse, si nos ha hecho creer que lo suyo es natural y no se puede hacer mejor? Naturaleza, trabajo, técnica, política, religión, educación, todo se va manipulando y sometiendo al servicio del máximo beneficio y máximo poder de unos pocos hombres, verdaderamente poderosos, y cuya orientación, según sus obras, no es la fraternidad en el mundo.

Patas arriba. Las cosas pierden su significado y se leen del revés. Cuantas más posibilidades tiene a su alcance la humanidad, más se abre el abismo entre los que pueden disfrutar de ellas y aquéllos a los que se les niega incluso vivir.

Nuestra colaboración, muchas veces ignorada, hábilmente manipulada, es constante, con nuestros hábitos alimentamos fielmente a la bestia que nos devora arrojándonos al paro, o nos enfrenta con el otro, persona o pueblo, de mil maneras.

No es la primera vez en la historia que los pobres y el mundo obrero, que no tienen más que sus manos para vivir, están contra las

cuerdas. De hecho, ésa es su situación habitual y cotidiana. Pero sí es una de las épocas en que más abandonada está la utopía y más entregado el espíritu. El miedo, la desesperanza, la ignorancia, la pereza, el afán de poder y de riqueza, en definitiva, la dimisión profunda de lo mejor del hombre nos va haciendo pasar con todos nuestros recursos al bando de los depredadores.

3. Utopía

«Arriesgamos más al disminuir la ambición que al abrazarla por encima de nuestro alcance», decía Mounier.

La utopía es la humanización, la fraternidad. Un camino siempre posible y siempre sin conseguir del todo, pero irrenunciable en todo lo que hacemos, aun lo más sencillo y cotidiano, porque entre la humanización y la deshumanización no hay lugar intermedio.

Este camino se ilumina en la penumbra de la historia con la luz del que peor lo lleva, del más pobre, de ése que no da la vida por supuesta porque se le impide cada día, o se le quita, porque se le niega en su existencia de mil maneras. Ésta es la luz que se pretende apagar con el ruido ensordecedor de la imaginería publicitaria que enciende deseos al servicio de las modas y su fugaz resplandor multicolor siempre renovado.

Cuando hoy se negocia, por ejemplo, un Plan de Pensiones con el sistema bancario al uso, se negocia un pacto con el capitalismo y su cultura del egoísmo. Y no hay egoísmo que no produzca víctimas. El egoísmo es la condición de posibilidad de una cultura de la guerra y de la muerte.

Es verdad que, si no entramos en este juego bélico, en nuestro futuro pintarán bastos. Pero, también es verdad que, si pactamos, el

futuro de los pobres y, en consecuencia, la humanización de todos, es imposible.

4. Colaboración

La norma primera de la cultura de no violencia es la no colaboración con la injusticia. No nos podemos permitir ser ingenuos. En otras épocas no estaba tan clara como actualmente la relación entre nuestras acciones y omisiones con lo que ocurría en el resto del mundo, a otros hombres. Hoy, sin embargo, sabemos, sin ninguna duda, que nuestra forma de vivir, comodona y despilfarradora, produce víctimas entre quienes no pueden acceder a lo mínimo necesario. Sabemos que nuestra acumulación se lo quita.

El amor requiere estudio, estrategia, organización, comunidad, y también agradecimiento y buen humor. La guerra que más mata es silenciosa, cotidiana, planificada y festejada con bullicio todos los días. 70.000 muertos diarios. Se llama: pobreza.

Vivir como vivimos es matar. Es una forma de homicidio tecnológicamente impecable, limpia, eficaz. La mejor tecnología, las mayorías aburguesadas del Norte rico y las minorías ricas del Sur pobre, se aúnan al servicio de una economía que dirigen unos pocos hombres sin escrúpulos y con mucho poder.

Ya no hay trincheras, ni rostros dolientes. Los asesinatos se cometen festivamente en los grandes almacenes, en los despachos enmoquetados, en los Parlamentos; masivamente, entre sonrisas, brindis, apretones de manos y celebraciones de acuerdos rentables. La guerra cotidiana se camufla de tiempo libre, de fin de semana, de política-consumo. Los templos de los ricos son los mataderos de los pobres; reconocer este hecho no es

demagogia barata, sino el ejercicio primero y necesario para emprender el camino de la conversión, que siempre pasa por hacer de todo hombre un prójimo, para poder hacer posible que el prójimo vaya siendo amigo.

5. Neutralidad

No se puede servir a dos señores. Caminar hacia la humanización y servir a un sistema deshumanizador es imposible. Presentar este camino como el único posible dadas las circunstancias es más que una mentira, un encubrimiento, una nueva traición, de quien se dice de izquierda o cristiano; al menos es una ignorancia.

Es cierto que éste es el camino que quiere andar el mundo rico y quien en él se mira. Obreros y «cristianos» votan mayoritariamente el bienestar a toda costa; pero esto sólo es un síntoma de la degradación en la que vivimos.

La misión de la izquierda y de las Iglesias, sin embargo, no es cuidar la escasa clientela que les va quedando, (atender a las retaguardias) sino servir a la construcción de la fraternidad en el mundo, hacer presente con su vida que la verdad de la vida es amar.

Una izquierda madura, sin ingenuidades, así como una Iglesia fiel al seguimiento de Cristo, saben que vivir esta utopía se las tiene que ver en la historia con un poder bien organizado y de signo contrario, en consecuencia, muchas veces, construir la justicia y la fraternidad se convierte en una opción por la incomodidad, la persecución, la difamación, e incluso la cárcel y la muerte. Pero, si no nos ocurre esto en una cultura tan egoísta, expoliadora y excluyente, habrá que pensar con buenas razones que no estamos donde debemos, ni hacemos lo que es menester.